

Iván Jaskic, Andrés Estefane y Claudio Robles (eds.). *Historia política de Chile, 1810-2010*. Tomo III. Problemas económicos. Fondo de Cultura Económica, Universidad Adolfo Ibáñez, Santiago, 2018, 443 páginas.

Con motivo del bicentenario de la independencia de Chile, el Centro de Estudios de Historia Política (CEHIP) de la Universidad Adolfo Ibáñez de Santiago viene realizando obras de carácter colectivo sobre la historia de la nación sudamericana en los dos siglos posteriores a su separación de España. Agrupados temáticamente, el tercer volumen de los cuatro que completan la colección es el dedicado a analizar, tal y como reza su título, distintos “problemas económicos”. Estos problemas abordan una serie de aspectos relevantes en el devenir económico del país para entender mejor la relación entre política y economía en Chile. A lo largo de once trabajos la obra ofrece un puzle de temas referidos a la historia económica de Chile, no necesariamente interconectados. Aparecen así sucesivamente estudios que van desde la economía en las décadas anteriores y posteriores a la independencia, hasta el impacto de las misiones económicas foráneas en Chile, pasando por un repaso a la evolución de la industria minera chilena en particular, y de su industria en general, la evolución de su agricultura, su comercio exterior, la desigualdad, los impuestos y los salarios, las empresas públicas, y un breve balance de la estabilidad macroeconómica del país desde 1950. En definitiva, este volumen no constituye en efecto una historia económica de Chile en sentido estricto, pero sí permite al lector construir un cierto mapa conceptual acerca de las muy distintas piezas que conforman dicha historia.

Desde la perspectiva concreta del pensamiento económico solo uno de los capítulos — el último de los once— merece ser reseñado. En él, José Edwards hace un repaso a la historia del pensamiento económico chileno entre 1790 y 1970. La principal novedad que aporta esta síntesis respecto a otros trabajos es, según declara Edwards, tratar de agrupar temáticamente las distintas escuelas y movimientos, configurando así una periodización del pensamiento económico chileno que permita su

articulación. En concreto, el autor establece tres grandes etapas de análisis: los orígenes del pensamiento económico chileno (1790-1870), la crisis del liberalismo clásico (1870-1930), y finalmente la institucionalización del llamado “Estado empresario” (1930-1970). Cada una de estas etapas cuenta con una breve contextualización histórica del período analizado, repasando después las principales escuelas, influencias y pensadores.

En la primera etapa, dedicada a los inicios del pensamiento económico en Chile, Edwards une dos segmentos de análisis anteriores en la historiografía chilena, el neomercantilismo (hasta 1850), y el liberalismo que auspiciara el economista francés Courcelle-Seneuil (entre 1850 y 1870). Edwards entiende que dos asuntos, el comercial y —especialmente— el bancario, dan coherencia interna suficiente al período para tratarlos de forma conjunta. No obstante, la principal cesura intelectual vendría dada por el tránsito desde la influencia escolástica e ilustrada española en los primeros pensadores chilenos hacia la introducción de la economía política clásica en el Chile ya independiente. Excepcionalmente, y a este respecto, el capítulo del volumen de las misiones económicas en Chile, escrito por Manuel Gárate, abunda en la figura de Courcelle-Seneuil como impulsor de la economía académica en dicho país.

La segunda etapa, comprendida entre 1870 y 1930 es bautizada por Edwards como la crisis del liberalismo clásico en Chile. Enlazando con el final del epígrafe precedente, la cuestión social en una economía chilena en honda transformación, marca este período junto a las cuestiones monetarias. El autor anticipa un primer distanciamiento del pensamiento liberal clásico en el ámbito de la educación y de la investigación económicas, siendo en este período cuando se produce la institucionalización de la economía como disciplina en el país andino. De los dos subepígrafes siguientes, el

dedicado a los estudios monetarios relata la controversia en el manejo de la moneda — conocido tradicionalmente como el conflicto entre “oreros” y “papeleros”— durante el período de finales del siglo XIX y primer cuarto del XX desde una perspectiva más próxima a la historia monetaria. No sucede lo mismo con el epígrafe dedicado a los estudios sociales y nacionalistas, donde brilla la figura de Guillermo Subercaseaux, primer y casi único economista latinoamericano en tener cierto impacto en Europa y los Estados Unidos, tal y como señala Edwards. Subercaseaux personaliza además la crisis de la economía clásica en Chile, abogando por un pensamiento económico más adaptado a las necesidades concretas del país por encima de las “leyes naturales del liberalismo”. Todo ello tendría un reflejo también en la organización política chilena, con una defensa de la intervención estatal en la economía y un nacionalismo económico de carácter pragmático.

La última etapa recurre al concepto historiográfico chileno del “Estado empresario” (1939-1973) para destacar el estructuralismo y la tecnocracia como principales rasgos definitorios del período 1930-1970. La división de los epígrafes sigue dichas tendencias, comenzando por el estructuralismo de los años treinta y cuarenta. Esta época viene marcada por la profesionalización de la economía muy relacionada con la aparición de organismos como la Facultad de Comercio y Economía Industrial desde 1935 y el Instituto de Economía de la Universidad de Chile en 1945, con un grupo de ingenieros trayendo ideas y pensadores de Europa y Estados Unidos. Edwards destaca es-

pecialmente la fundación en 1948 de la CEPAL como la principal fuente de generación de pensamiento económico en los años cincuenta y sesenta, desde una perspectiva estructuralista. La influencia académica se advierte de manera igualmente clara en el último subepígrafe a través, primero, de Universidades como la Católica, que implementara el Proyecto Chile en consonancia con la Universidad de Chicago (1956), y después mediante el papel de las escuelas y centros de estudio, de carácter tecnocrático. Aquí podemos encontrar otra complementariedad con el capítulo de Gárate de las misiones económicas, en el momento en que trata la crisis del modelo de desarrollo hacia el interior y la misión norteamericana Klein-Saks de 1955. Edwards acaba su análisis en la década de los setenta, señalando la creación de centros de estudios como una forma de oponerse académicamente a la dictadura de Pinochet.

Respecto de la época posterior a 1980, Edwards la resume sucintamente a través de la evolución educativa de la enseñanza económica desde entonces. También ahí el último epígrafe de Gárate sirve para completar la panorámica más actual, concluyendo que Chile ha pasado de ser receptor a exportador de “saberes tecnocráticos” a otros países. Todo lo cual ofrece al lector una guía para entender la evolución del pensamiento económico chileno desde finales del siglo XVIII, familiarizarse con sus protagonistas y entender su vinculación con las dinámicas económicas y políticas del país andino.

Ernesto Clar  
Universidad de Zaragoza